

Leopoldo Marechal

El Banquete
de Severo Arcángelo





Seix Barral Biblioteca Breve

Leopoldo Marechal
El Banquete de
Severo Arcángelo

I

Hoy, el 14 de abril de 1963, he buscado en el altillo de las cosas difuntas la gran carpeta verde que Lisandro Farías me dejó al morir y en cuyo centro una etiqueta blanca dice así: El Banquete de Severo Arcángelo. Siempre consideraré mi altillo como una suerte de infierno al cual iban a parar las ontologías en derrota (ya se tratara de un viejo aparador ya de un maniquí sin futuro), condenadas tras un juicio habitualmente sumario; y por su contenido en verdad monstruoso, la carpeta de Lisandro Farías me pareció que se ajustaba no poco a los requisitos de aquel infierno privado. No obstante, confesaré que la empresa del Terrible Fundidor (así lo llamaba Lisandro Farías) tentó más de una vez mi pluma y la llevó a ordenar los materiales de la carpeta en un fichero que sirviese después al relato del Banquete increíble. Pero el asunto era en sí tan espinoso y los materiales tan heterogéneos, que abandoné las fichas en un cajón y me decidí a instalar la carpeta en el altillo de marras.

Por otra parte, no me sentía yo en condiciones de afrontar una empresa narrativa de tan extraña catadura, y por una razón bastante grave: atacados Elbiamor y yo por enemigos invisibles cuya identidad se nos escondía, resolvimos acudir a una operación de magia ceremonial; y sus minuciosos preparativos (tales como el dibujo del pentagrama, la consagración del espejo mágico y la escritura de los textos rituales) me alejaron largamente

de cualquier afán menos perentorio. Concluida la fase preparatoria, Elbiamor y yo, encerrados en el círculo, perseveramos durante veintiocho días, al cabo de los cuales una gran maldad nos fue develada, tal como ya lo he referido en *La Poética* de mi “Hep-tamerón”. Entonces, con el alivio de aquel triunfo, El Banquete de Severo Arcángelo volvió a solicitar mi arte. Sin embargo, y en tan favorable circunstancia, el desaliento me asaltó de pronto: ¿qué suerte de inteligibilidad alcanzaría, si yo lo intentaba, el relato de un “operativo” tan extravagante como el del Viejo Fundidor de Avellaneda? Más tarde, a favor de mis experiencias recientes, me dije que si Lo Extraordinario parece hoy inaccesible a la criatura humana es porque la criatura humana se ha venido apretando en horizontes mentales cada vez más estrechos, y porque la zona cortical de su alma se ha solidificado en un cascarón infranqueable; y que le bastaría con ofrecer algunas “aperturas” en la cáscara frágil aún de su endurecimiento para que Lo Extraordinario se le manifestase con absoluta naturalidad. Vencido ese último recelo, me quedaba todavía un obstáculo: fiel a una de las estaciones que va recorriendo mi alma prudente, yo me afinanzaba entonces en la aridez y recogía sus frutas penosas y esenciales en una lenta destilación de mis alambiques interiores; y el Banquete de Severo Arcángelo no podía ser un cogollo de la aridez, ya que su desmesura natural me reclamaba todas las iras del verbo. Si hoy inicio la tarea es porque se me da otra estación del alma y otra vez me siento cuajado de yemas reventonas.

La carpeta de Lisandro Farías, que hoy abandonó su infierno, contiene los documentos que siguen, todos referidos al Banquete monstruoso: los informes de Las Enviadas, un plano de la quinta de San Isidro y otro de la Mesa del Banquete, los memorándums y apuntes de Farías, las versiones taquigráficas de los Concilios del Banquete, las fichas de los treinta y tres comensales robadas por los *clowns* Gog y Magog, los números que integraron el *show* del Banquete, los figurines de los trajes *ad boc* vestidos por los banqueteadores y algunas cintas magnetofónicas grabadas en el transcurso del Banquete y en algunas de sus instancias más terribles. Todo ello, naturalmente, constituye la documentación exotérica del acontecimiento, la que Lisandro

Farías consiguió traer de la Cuesta del Agua en una evasión o fuga que tomó él por su libertad y fue su desastre; la razón esotérica del Banquete se me dio en los relatos confidenciales que Farías me hizo antes de su muerte. Y al revelar ahora la empresa de Severo Arcángelo en lo que tiene de revelable no creo traicionar la consigna del Vulcano en Pantuflas ni los misterios de la Cuesta del Agua, ya que, según me lo dijo, Farías logró cierta vez de Severo Arcángelo una licencia de crónica limitada sólo a los preparativos del Banquete, y hasta inició el relato cuyas primeras y únicas líneas están en la carpeta y dicen así: “Yo, Lisandro Farías, nacido en la llanura, muerto en Buenos Aires y resucitado en la Cuesta del Agua, me propongo iniciar la narración del Banquete formidable cuyo epílogo se ha recatado en esta dura provincia como un secreto en forma de almendra, el cual de nadie será conocido, pues la consigna de Severo Arcángelo es inflexible, y la Cuesta del Agua ya se parece al higo de la tuna, dulce y mañero entre sus espinas”.

Lástima grande que tan buen principio no tuviera continuación, ya que manifestaba en el posible cronista la sensibilidad y el estilo que hallé luego en sus revelaciones orales y que trataré de no traicionar en este relato. Pero ya es hora de referir cómo y dónde conocí a Lisandro Farías.

II

Hace algunos años, en el hospital de Villa Dolores y siempre a la hora del atardecer, visitaba yo al domador Celedonio Barral internado allí con una doble fractura de costillas. El accidente (dicho sea en honor de Celedonio y de su arte) no le había sucedido con un potro habitual de los que jineteaba él y eran su pan de cada día, sino con cierto redomón oscuro de la estancia de Miraflores, el cual, según era notorio, llevaba en la sangre al propio Mandinga y revistó luego en la nómina de los “reservados”, tan bravía como inútil, hasta que un resero de San Clemente del Tu-

yú lo mató de un garrotazo entre las dos orejas; pero ésa es una historia diferente. Celedonio Barral era el protagonista de mis versos *A un domador de caballos*, y es natural que lo asistiera yo en su malandanza con el redomón oscuro: dentro de su blanqueada célula de hospital, que yo le había logrado en uso exclusivo, Celedonio reposaba como un Héctor entre dos batallas ecuestres, inmóvil todo él en su caparazón de yeso y olvidadas entre las cobijas aquellas manos hechas para imponer un freno a la rabia inocente de los brutos. A decir verdad, Celedonio gozaba de aquel encierro como de un domingo inesperado, y su beatitud se le traducía en los ojos pueriles (que la doma tornaba relampagueantes) y hasta en el silencio que parecía brotar de su piel ahora como una salutífera transpiración del alma.

Un día (jueves y feriado, lo recuerdo muy bien), al entrar en el cubículo de Celedonio vi que lo compartía inesperadamente con otro enfermo, el cual yacía en una cama de emergencia, tendido largo a largo y con el aire de una irremisible derrota.

–Lo han traído anoche –me dijo el domador contestando a una muda interrogación de mis ojos–. Es un forastero.

–¿Está muy grave? –le pregunté yo acercándome a la cama del nuevo huésped.

–Se pasó toda la noche hablando solo.

–¿Qué decía?

–No lo sé –me respondió Barral sin distraer sus ojos de la ventana única por la cual se veía un conato de jardín vicioso de cicutas y de cardos azules.

Yo estaba inclinado sobre la cabecera del intruso: veía su rostro lleno de ángulos y anfractuosidades en los que jugaba la luz como sobre una cartografía en relieve, sus párpados endurecidos y rugosos como dos cáscaras de nuez y los altibajos de su osamenta dibujándose con rigor en la sábana que lo cubría. Y me pareció identificar en su semblante algunos rasgos fisionómicos de la tierra. Los hombres de llanura, los que yo conocí desde mi niñez, se agrupan en dos órdenes raciales: el de los mestizos o gauchos, al que pertenecía Celedonio, y el de los que guardan entera su europeidad, como los Góngora de Maipú o los Reinafé de Santo Domingo, paisanos de crencha rubia y pupilas

aceradas. No, aquel huésped incógnito no era un forastero, como lo había sospechado el domador, sino un hombre de la llanura perteneciente al orden segundo. Adelantado en esa hipótesis, toqué la frente de aquel desconocido: no dio señal alguna de conciencia, pero tuve la sensación de que a través de sus párpados entrecerrados un haz de luz inteligente se filtraba como en acecho de mis actitudes.

¡Hum!, desconfié yo en mi alma. ¿Será un recurso táctico defensivo? Y si lo es, ¿qué anda temiendo el hombre?

Con tal sospecha volví junto al domador y me senté a su lado. Barral sabía de memoria los versos que yo le había dedicado a él y a la dignidad antigua de su oficio; y a sus instancias, impuestas con la venerable discreción del Sur, yo había desarrollado para él alguno de los simbolismos que se dan en el poema. Ese día me tocaba develarle aquello de “oscuro y humillado / pero visible todavía el oro / de una nobleza original que dura sobre tu frente”; y comencé la glosa, dándole mis espaldas al nuevo huésped cuyo mirar filtrado y acechante me parecía sentir ahora en la nuca. De pronto, y en lo mejor de mi paráfrasis, el hombre dejó escapar una risita que no cuadraba de ningún modo a su condición de muerto, agonizante o dormido. En el marco invariable de su impasibilidad el domador tradujo una chispa de asombro; yo hice girar mi banquillo de tres patas, y encarándome con el presunto forastero le grité:

—¡Oiga! ¿De qué se ríe?

Al mirarlo a la cara vi que su golpe de hilaridad se había desdibujado en una sonrisa más dolorosa que beligerante. Por fin abrió los ojos y me dedicó una mirada neutra:

—¿No es usted Leopoldo Marechal? —me dijo con el tono de la certidumbre y no de la pregunta.

Juro que me tomó de sorpresa, ya que no es natural ni siquiera verosímil oír el propio nombre de uno en la boca de cierto quídam espectral instalado en las fronteras del cadáver y el íncubo, y más aun si ocurría en un hospital de llanura y junto a un domador que restauraba su costillar derrotado.

—¿No es usted —insistió el hombre a favor de mi sorpresa— el que inventó un centro místico en el Tuyú, junto al mar, donde,

según sus propias revelaciones literarias, asesinó y enterró a una Elegía que usted mismo había fabricado con elementos bastante ridículos?

Al oír aquellas palabras mi asombro se convirtió en un malestar vecino del miedo.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté no sin algún temblor.

—En la Cuesta del Agua se lee y se ficha todo el papelerío —rezongó él como en la evocación de una molestia retrospectiva.

¡La Cuesta del Agua! ¡Está delirando!, reflexioné yo en un des-punte de cólera. Me volví hacia el domador, como solicitándole con la mirada un testimonio de la malignidad o la incongruencia de aquel hombre que, amparándose en el visible descalabro de sus piezas anatómicas, osaba desenterrar en mis propias narices una Elegía muerta que yo mismo había olvidado. Pero Celedonio Barral, con sus ojos fijos en los cardos azules del jardín, era un ser abstracto que meditaba tal vez una estrategia punitiva contra cierto redomón oscuro de Miraflores. Por lo cual devolví mi atención al intruso que ahora sonreía con un asomo de benevolencia.

—Yo que usted no me avergonzaría por la difunta del Tuyú —me dijo—. Usted es hombre de llanura y ha inventado una leyenda. ¿Para qué? Sólo para poblar un cielo demasiado vacío y una pampa demasiado hueca. No me lo niegue; yo también soy de aquí.

La voz del intruso, que se había remontado por un instante, flaqueó de pronto.

—¿Me alcanzaría el orinal? —solicitó en su desvanecimiento.

Busqué a tientas debajo de su cama, di con el utensilio que responde al nombre ornitológico de “papagallo” y se lo facilité al desconocido entre las cobijas. Muy luego pude leer en su cara la delicia de una micción inesperadamente fácil; y dos lágrimas de alivio corrieron hasta sus pómulos cuando me devolvió el orinal y me dijo:

—Usted ha inventado una leyenda literaria contra la desolación de su llanura. Y me parece bien, ya que no estuvo en sus medios hacer otra cosa. Pero hay hombres en esta tierra que han ido más allá: construyeron una leyenda sólida, con entes humanos y ladrillos, una mitología de carne y hueso, ¿entiende?

–No –le respondí, trastornado ya por el tono de aquel hombre o vestigio en el cual ahora se traslucía una mezcla de audacia, indignación y recelo.

–¿Oyó usted hablar de Severo Arcángelo? –me preguntó él súbitamente como si dejara caer un nombre clave.

Traté de recordar ese nombre y lo conseguí al punto.

–Sí –le dije–: fundiciones de acero en Avellaneda. Un gran bonete de la metalurgia.

–¡El deschavetado Fundidor! –alardeó el intruso en el tono de una bravata cuyo falso retintín no convencía–. ¡El Vulcano en pantuflas!

Clavó en mí sus dos ojos llenos de sospecha, tal como si ya se arrepintiese de una riesgosa indiscreción.

–Gracias por el orinal –me dijo tardíamente–. Mi nombre verdadero es Lisandro Farías, y voy a morir dentro de una quinceña exacta.

–¿Por qué dentro de una quincena? –interrogué yo sin pestañear.

–Así me lo anunció Pablo Inaudi –contestó Farías.

–¿Quién es Pablo Inaudi?

El hombre soslayó la respuesta en otro tironeo de su desconfianza.

–Según parece –dijo–, mi defunción ha de suceder con la luna menguante y en el semestre descendente del sol hacia el mediodía, según corresponde a las almas vulgares. Y esos requisitos han de darse justamente dentro de quince días.

Una irritación incontenible se apoderó de mi ánimo tras escuchar a ese prójimo que hablaba de su muerte con tan cínicas precisiones astronómicas.

–Lisandro Farías o como se llame –le dije–, a mí no se me da gato por liebre. Si usted bromea, debe saber (lo hayan o no fichado en la Cuesta del Agua) que yo también soy humorista. Si, por lo contrario, está representándome una folletinesca simulación del misterio, he de advertirle que no la digeriré de ningún modo. Y aquí está mi amigo el domador que piensa exactamente igual.

Lisandro Farías, o como se llamase, pareció divertirse con mi discurso, y mucho más cuando al mirar oblicuamente al doma-

dor, lo vio abstraído en los aguanosos paisajes de Babia. Empero, la malicia de sus ojos no tardó en ceder lugar a cierta expresión melancólica.

–La simulación o el humorismo no le caen bien a un agonizante –me reprendió con benevolencia–; y yo soy un agonizante limpio de polvo y paja. Usted ha declarado alguna vez que la primera ley de la caridad estriba en “entender al Otro en tanto que Otro”. Cito sus mismas palabras.

–¡Es que todavía yo no veo en usted al Otro! –le dije–. Usted se me escurre de las manos como una anguila.

Cierta luz ansiosa destelló en los ojos de Lisandro Farías: no estaba yo seguro, pero en aquella luz me pareció ver el desasosiego de una urgente “responsabilidad”.

–¿Usted cree –me preguntó–, que nos hemos encontrado en este sitio por mera casualidad? No, la casualidad no existe. Pablo Inaudi lo enseñó en la Cuesta más de una vez. ¡No dudo –añadió en una suerte de protesta íntima– que todo lo ha calculado él! ¡Hasta esta reunión mía, en un hospital de llanura y a la hora señalada, con un literato de cierta visibilidad y un domador que huele a yeguarizos!

–¿Quién es Pablo Inaudi? –le volví a preguntar al oír ese nombre que por segunda vez resonaba en mis oídos.

–¡Bah! –rezongó Farías con una gota de resentimiento–. ¡Es tan Pablo y tan Inaudi como yo! ¿Sabe cuándo lo descubrí? Cuando una vez, a manera de insulto, me llamó Padre de los Piojos y Abuelo de la Nada. ¡Esas galanuras de estilo no se dan en Occidente!

–¿Y dónde conoció usted a ese Pablo dudoso?

–Imagínese usted –me respondió Farías indirectamente– a un hombre que planta en cierta colina un jacarandá norteno, y que organiza una distribución de agua bastante compleja sólo con el fin de que algunos arroyos, cuatro en total, broten al pie del árbol. ¡E imagínese ahora que tal hombre, con absoluta sangre fría, sostiene que los ángeles hablarán junto al árbol, si se lo “imanta” en las condiciones debidas!

Un flujo de hilaridad brotó en la gola del hombre, se mantuvo allí como un gargarismo y reventó luego fuera. Pero la suya

no era la risa inocente de la incredulidad, sino algo ponzoñoso y a la vez dolorido que traducía simultáneamente la confusión de un Judas cuatro segundos antes de su horca, el resentimiento de una vocación desertada y el alarde cínico de quien lo ha desafiado todo y aún lo desafía, pero con el temor oculto en la trastienda de su alma. El propio domador, sustraído a sus pastorales abstracciones, dejó ver un asomo de inquietud ante aquella risa incomprensible, y más aun cuando la risa del hombre se transmutó de pronto en un ataque de tos violenta que le desgarró el pecho con un ruido leñoso. Entonces me acerqué a su cabecera, y tomándolo por las axilas lo enderecé algunos instantes, hasta que su tos hubo cejado.

–Tengo los pulmones deshechos –me dijo Farías, en cuyos labios afloraba una espuma sanguinolenta.

Imponiéndole silencio con el ademán tomé una toalla y le sequé primero la frente sudorosa, después los lagrimones que habían saltado violentamente de sus ojos y por último aquella borra de sangre tan significativa en sus labios. Exprimí luego dos naranjas de las que yo le había llevado al domador, y logré que Farías bebiera un sorbo de aquel jugo.

–Creo que voy a dormir –anunció él ya recostado en su almohada única–. Usted volverá mañana: es absolutamente fatal. Severo Arcángelo había previsto la conveniencia de facilitar algunas “aperturas” al hermetismo del Banquete. Yo soy el mensajero y usted el receptor del mensaje, gústenos o no. Buenas noches.

No dijo más, y se durmió al punto: a través de sus bronquios derrotados el aire de la respiración entraba y salía como por un fuelle roto, dejándonos oír un ulular que yo, en mi vieja chifladura metafórica, comparé al del viento cuando atraviesa un bosque de árboles carbonizados.

En la tarde siguiente regresé al hospital de la villa, tras haber pasado una noche inquieta durante la cual, en vigilia y en sueño, me acosaba la imagen de aquel intruso que se había manifestado súbitamente, como un paracaidista, junto a la cama de Celedonio Barral. Aquel hombre, ¿tenía o no un secreto? Y si lo tenía, ¿qué pito era el que tocaba yo en sus intrínquilis? No bien llegué al cuarto de Celedonio, el domador, escuetamente, me di-

jo que Farías estaba por clavar las guampas, que no había salido aún de su inconsciencia y que toda esa mañana el cuarto había sido un pandemónium de médicos y enfermeras. Consultado por mí el médico director del hospital me dijo que Farías era un caso desesperante, y que su muerte ocurriría sin duda en el término quincenal fijado por él mismo. No obstante, cuarenta y ocho horas después el moribundo resucitó, como un fénix, entre sus jeringas y aparatos de transfusiones, para contarme la historia que será el objeto del presente libro. En cuanto al domador Celedonio Barral, desaparece ahora mismo del escenario, ya que tres días más tarde, roto el corselete de yeso que oprimía su costillar, partió al sur en busca de otras batallas.

III

Algunas veces –comenzó a decir Farías– he pensado que la concepción del Banquete monstruoso, tal como se dio en Severo Arcángelo, sólo pudo cuajar en Buenos Aires. Porque Buenos Aires, en razón de su origen y de sus todavía frescos aluviones, no es una sola ciudad sino treinta ciudades adyacentes y distintas, cada una de las cuales aprieta su mazorca de hombres y destinos en interrogación. Sólo un alma bruja como la de Severo Arcángelo pudo entresacar hombres y mujeres de tan diversos mundos, para unirlos en un collar armónico y sentarlos a la mesa de un Banquete que tanto se pareció a un aquelarre. Si gracias a usted la historia se publicase algún día, muchos entenderán por qué una quinta de San Isidro quedó súbitamente abandonada, sin otro huésped que un suicida recostado aún en una fastuosa mesa de festín y dos clowns vivos y encadenados en las perreras de la casa; y sabrán asimismo por qué, desde cierta noche crítica, un número de personas aparentemente no relacionadas entre sí desaparecieron de la urbe sin dejar ningún rastro. Pero antes es útil que yo le diga brevemente quién soy y en qué circunstancia me dejé ganar por la empresa del Viejo Cíclope.

Ya sabe usted que mi nombre verdadero es Lisandro Farías, aunque me dieron otro en la Cuesta del Agua, otro nombre que perdí seguramente cuando usé “los talones de la fuga”, como habrá dicho Pablo Inaudi, lo juraría. Nacido en la pampa de Buenos Aires, pude ser un criador de novillos (tal era el voto ferviente de mis progenitores). No obstante, y desde la niñez, mi alma pareció sensible a otros tironeos de rienda: usted mismo, con bastantes precisiones, ha señalado alguna vez el influjo de la soledad y la “gravitación de cielo” sobre los hombres de la llanura. Yo había leído mucho, aunque sin método; y desde la escuela rural mis aptitudes literarias habían suscitado el orgullo único de mi maestro y la hostilidad colectiva de mis familiares. Así fue como, sobre la ilusión chillona que tejían afuera hombres y brutos, yo era feliz en mis bien trabajadas concentraciones. Pero no había yo descubierto aún el doble, alternativo y peligroso juego de la concentración y la expansión, que se daría en mi existencia con una regularidad casi respiratoria: cierta vez Pablo Inaudi me dijo que, si yo me afianzaba en la concentración, vería “doce frutas de oro” en el jacarandá plantado sobre la colina. Me fue imposible conseguirlo, y por eso estoy aquí, lejos de la Cuesta del Agua y cerca de una muerte a la cual, según veo, no le faltarán desodorantes.

Y la primera de mis expansiones ocurrió justamente cuando, resuelto a partir aquel horizonte que me ceñía en el sur, abandoné la llanura para reclamarle a la metrópoli un destino que a mi entender se me debía. El primer año de mi residencia en Buenos Aires tuvo por signo el caos de las relaciones nuevas entre las cuales me di a practicar un “tremendismo” que sólo era, en el fondo, una gimnasia de mi alegre indeterminación. Pero un hombre y una mujer no tardaron en cimentar la arquitectura de mi destino: eran el doctor Bournichon y la muchacha Cora Ferri. El doctor Bournichon dirigía un importante rotativo a cuya redacción ingresé condicionalmente; pues bien, la necrología irónica de un filántropo y el panegírico malicioso de un legislador, obras de mi pluma rentada, sumieron al doctor Bournichon en un éxtasis profundo del cual salió muy luego para diagnosticarme una carrera vertiginosa en el velódromo del periodismo. Algo después

Cora Ferri, a mí presentada en un Congreso de Mujeres Libres, me invitó sin ambages al idilio, a la exaltación de la poesía y al riesgo heroico de la libertad; y naturalmente, como era fatal y previsible, me casé con ella.

Los resultados no se hicieron esperar: a la sombra benéfica del entusiasta Bournichon me convertí en una máquina de referir y adobar lo múltiple cotidiano. Por su parte Cora Ferri, en una inédita fase de sí misma, pulverizó al Idilio en su licuadora mecánica, degolló y desplumó a la Lírica junto a sus asaderas y narcotizó a la Libertad entre sartenes oleosas y artefactos eléctricos. En resumen, uno y otra forjaron para mí esa especie de gallinero confortable que se ha dado en llamar “la Vida Ordinaria”. ¿Se ríe usted? ¡Hace mal! Yo afirmo que “la Vida Ordinaria”, sea o no comparable con un gallinero, tiene la virtud funesta de construir para sus adherentes una ilusión de seguridad que a menudo linda con la insolencia. Y yo engordaba en mi corral estable, apuntalado noche y día con los mismos rostros, los mismos hechos y las mismas palabras cuya reiteración engañosa era la más firme garantía de mi estabilidad. Naturalmente, para existir en tales condiciones es necesario renunciar a todo “hecho libre”, interior o exterior, capaz de abatir inesperadamente las estructuras del gallinero; y no sólo renunciar a esas interferencias que pueden ser del orden humano o del querer divino, sino también, y sobre todo, negarlas en su posibilidad. Severo Arcángelo, durante su inquisitoria de la Casa Grande, me abrió los ojos hasta la rotura en lo que se refiere a “la Vida Ordinaria”, la cual es una hebra de las muchas con que se urdió la complicada estofa del Banquete, junto con la del Robot Humano, su hebra consecutiva.

En su inesperada y cruenta vulgaridad, la muerte de Cora Ferri se me presentó como el “hecho libre” (y en cierta manera irónico) destinado a malograr toda la legislación de pequeños actos que constituía mi existencia y la suya. La versión de que, al marchar detrás de su carroza fúnebre, tenía yo en los talones algo así “como un paso de baile” sólo es una especie calumniosa difundida por mis enemigos de la Redacción. Lo que jamás he negado es que, al verme solo entre ollas heladas y artefactos inmóviles, el andamiaje de mi estabilidad cayó a tierra, y que allí

mismo, sobre las baldosas de la cocina, solté mi viejo y duro cascarón y me sentí con una piel nueva y extrañamente sensible. Gasté los tres días de luto que me otorgaba el rotativo en analizar mis emociones; y, como las hallase gratamente consoladoras, resolví, en un despunte de mi audacia, completar esa demolición que la muerte había iniciado sin mi consentimiento. Por segunda vez, tras la concentración venía una expansión de mi alma, y su poder centrífugo era incalculable. Yo necesitaba zafarme ahora del periódico y de sus bonancibles tiranías, pero sin insultar la fe de Bournichon que había cifrado en mí sus gratas ilusiones de linotipo. Vuelto a la Redacción incurrí en deliberadas haraganerías, descuidos e incoherencias, y esperé, vigilante. ¡Nada! La fe de Bournichon era incommovible. A mi estratégica benignidad sucedió entonces una furia que mi ansia de libertad convertía en poética: fríamente aguardé la ocasión de ubicar un golpe definitivo, y ella se me dio cuando uno de nuestros fotógrafos resultó herido por la policía en un tumulto callejero. ¡La libertad de información había sido vulnerada! Pálido y digno a la vez el doctor Bournichon me hizo comparecer en su oficina para otorgarme “la responsabilidad y el honor” de un artículo reivindicatorio cuyos ingredientes quedaban librados a mi “reconocida prudencia”. Con un temblor en el árbol interno de mi sangre, me senté a la máquina de escribir e inicié un alegato vibrante, dolorido, lacrimógeno en favor de la libertad conculcada. Y al final del artículo, perversamente, deslicé la fábula que sigue: “La cotorra le preguntó al búho: ¿qué cosa es un periodista? Y el búho, tras reflexionar un instante, le respondió: el periodista es un ente que, por fatalidad de oficio, está condenado a escribir todo de todo, sin saber nada de nada”. Tras enviar a las linotipos aquella bomba de tiempo, me lancé a la calle y volví a medianoche. La primera señal de tormenta me la dio el regente Quintanillas, un ser de antimonio, el cual, traduciendo una emoción que nadie hubiera previsto en ese metaloide, me dijo:

—El director lo espera. Es urgente, ¿sabe?

Al entrar en la oficina de Bournichon lo vi sentado frente a galeradas de pruebas, en una de las cuales, bien lo sabía yo, estaba mi artículo bomba con su final subrayado en lápiz rojo.

–Farías –me dijo con un resto de conmiseración–, ni siquiera un duelo reciente podría justificar el exabrupto que usted ha mechado en este artículo.

–Es una fábula que venía muy al caso –le respondí.

–¡No es verdad! –tronó él–. Muchacho, ¿se ha vuelto loco?

–Estoy cuerdo hasta la resurrección –le repliqué con extrema dulzura–. El tornillo de Arquímedes guarda una lógica inexorable.

Bournichon se puso de pie, violentamente:

–¿Que tiene que ver el tornillo de Arquímedes? –inquirió temblando como una hoja.

–Yo soy el tornillo –le dije–. Y usted es el Gran Icosaedro.

Un minuto le llevó al hombre digerir aquella metafísica, tras el cual Bournichon me planteó el siguiente dilema:

–Farías, o usted ha perdido la razón, o se burla de mí. En cualquiera de los dos casos, ¡está cesante!

La última visión que tuve de aquel hombre pundonoroso fue la de su índice rígido que me señalaba una puerta, y la de su espina dorsal agobiada como bajo los escombros de una ilusión en derrumbe.

No crea usted inútil o excesiva la prolijidad con que voy describiendo mis acciones y mis reacciones. ¿O imagina tal vez que uno puede sentarse a la mesa del Banquete sin haber llegado a su propia frontera con la nada? Sin saberlo yo estaba dirigiéndome a ese deslinde fatal. Consagré los días que siguieron a la frecuentación de la ciudad en sus lugares menos conocidos y a las horas más desacostumbradas: era mi desquite sobre el Espacio burgués y el Tiempo convencional que me habían ceñido hasta entonces. Fumé opio en tabucos miserables, aposté a los gallos de riña en los Mataderos, manejé títeres en la Boca, frecuenté a los hombres lisos de remolcador y a los pegajosos borrachos de taberna. La euforia inconsciente de aquellos días no tardó en ceder terreno a una sensación de vacío en el cual la imagen de Cora Ferri se me fue presentando con relieves entrañables y alarmantemente poéticos; y me di entonces al loco afán de reconstruirla en sus encantos y evocarla en sus graciosas y ¡ay! perimidas gesticulaciones. Un compinche de bar, atento a mis nostalgias, me recomendó un centro espiritista de Almagro, en

el cual, según lo aseguraba, me sería dable obtener una comunicación patente con mi difunta. Me dirigí al centro, y durante cuatro sesiones estuve palmeándome los muslos, con mis hermanos, en tren de imantación, ante cinco videntes que se aletargaban: tuve la fortuna de oír las voces filosóficas de Confucio y el Mahatma Gandhi, y los gritos despóticos de Julio César y un cacique ranquel; pero mi llorada Cora no dio señales de habitar el espacio etérico, visto lo cual resolví librarme a mi propia ciencia. Acuciado a la vez por la soledad y el género lírico, cierta medianoche, en la penumbra de mi escritorio, se me dio por invocar el alma sublime de Cora, deseoso de trabar con ella un diálogo que, a mi entender, haría lagrimear a los ángeles. La conjuré a que se presentara; y aguardé frente al balcón, sin dudar que el cuervo de Poe llegaría desde la tiniebla para instalarse, no en el busto de Palas, que nunca tuve, sino en cualquier otro soporte igualmente favorable al coloquio metafísico. Por desgracia Cora no respondió a mi llamado, y era muy natural, según lo advertí más tarde: pese a su mérito en otras asignaturas, Cora no mostró jamás la pasta de las heroínas; más aun, con todo el calcio de sus huesos no se hubiera podido construir ni una sola falange de Leonore, y la suma de su fósforo no habría dado ni una célula nerviosa de las que usó Ligeia. Fracasada mi tentativa de irrupción en la sobrenaturaleza, el ocio y la vacuidad me llevaron a una tarea que se inició como pasatiempo y acabó en el fanatismo: encerrado en mi casa, y en horas de fervor creciente, me puse a fregar y pulir cacerolas, fuentones, cubiertos, bandejas, toda la utilería de metal que Cora y yo habíamos atesorado; y el hecho de que yo la realizara con utensilios para mí sin futuro, conferían a mi operación una gratuidad que casi rayaba en la mística, sobre todo cuando me pareció intuir que el espectro doméstico de Cora Ferri me observaba y me bendecía desde los rincones. Tiempo después, en el Diálogo del Calabozo, Pablo Inaudi me reveló el significado real de aquellas fregaduras.

Súbitamente, agotadas mis reservas de la Caja de Ahorros, me vi ante un reclamo, el de mi subsistencia material. No sin algún heroísmo yo había renunciado a la “vida ordinaria”, con juramento solemne de no reincidir en sus lugares comunes; pero

el “orden extraordinario” en que yo suponía vivir no suministra los recursos tangibles que hacen desarrugar la frente de los caceros y proveedores. Yo necesitaba encontrar un sistema económico intermedio, y me pareció hallarlo en los concursos de preguntas y respuestas que había lanzado la televisión. Esos concursos armonizaban en sí los factores de azar, peligro y aventura que requería mi nueva piel; y me inscribí en la nómina de postulante libre de todo remordimiento. La buena suerte, mi versatilidad periodística o ambas cosas a la vez me hicieron triunfar durante ocho semanas consecutivas, hasta la pregunta final que satisface con la modestia de un sabio antiguo, frente a las cámaras busconas y los aplausos aduladores. Estreché manos, firmé autógrafos, aparecí en las revistas especializadas; y dos quincenas más tarde volví al anonimato. Pero lo esencial, el dinero, estaba en mis manos; y se habría desvanecido en ellas metódicamente si un ex compañero de redacción, el de Finanzas, estimulando en mí cierto delirio de grandeza que siempre tuve, no me hubiese instado a jugar en la Bolsa y a perder todo el fruto de mi erudición.

Desconcertado ante un revés tan imprevisto, quise regresar a las justas televisivas; pero se me consideraba ya como un “fuera de concurso”, demasiado glorioso para rebajarme frente a competidores novatos. Descendí entonces al infierno de las *broadcastings* humildes, allá, donde se abrían encuestas de ingenio y buen humor que se premiaban con artículos de bazar o de lencería: por primera vez en mi existencia conocí la miel y la hiel de los clowns, al recibir en mis manos, en mi cabeza y en mis hombros las ollas, los ralladores de queso, los trapos de piso, las frazadas, los rollos de papel higiénico, los panes de jabón amarillo que me arrojaba un locutor endemoniado ante la risa brutal y pura de los asistentes. Yo recogía mi botín, lo trajinaba por las calles y se lo vendía finalmente a un cambalachero amigo. Y cuando esas últimas posibilidades fueron agotadas, me crucé de brazos y miré a mi alrededor: sin duda, me hallaba en una zona desconocida.